

teis por precio de esta iniquidad, para que se deshaga el contrato y pongais en libertad á Jesús.»

Respondiéronle con risa y desprecio los Pontífices: «¿Qué se nos dá á nosotros de que os arrepintais ó nó, de habernos entregado á este mal hombre? Mirárades vos lo que hacíades, cuando de vuestra voluntad vinísteis á ofrecer, introduciendo que os movia el celo de la honra de Dios; que por lo que á nosotros toca, no descubrimos culpa, sino accion de Santidad en quitar del mundo á un hombre tan pernicioso, que le iba cancerando con pestilente doctrina, sin atender á la mano que nos le puso en las nuestras, sino á los méritos de la causa que contra él se ha sentenciado, hasta fulminar sentencia de muerte; y en esta suposicion podeis iros con vuestros dineros, porque el quitar á este hombre la vida no pende del contrato que con vos se celebró sino de la potestad y oficio que tenemos, y obligacion que nos incumbe de castigar malhechores y prevenir en la plebe los contagios del error que iba sembrando Jesús en ella.»

Desconsoladísimo salió Judas del Concilio viéndose despreciado de los Pontífices y que no le admitian su confesion en favor de la inocencia de Jesús, antes se procedia á la ejecucion de su muerte sin atender á su inocencia y al testimonio que de ella daba á voces, porque ya se aprestaban todos á llevarle al tribunal del Presidente Romano, y comenzó á desesperar de la vida de Jesús y juntamente de su salvacion, persuadiéndole el Demonio con imperiosas sugestiones, con tenacidad impresas en su alma, que insulto tan deforme como quitar la vida al verdadero Hijo de Dios no podia tener satisfaccion menos que muriendo él por toda la eternidad en llamas inmortales, como si la muerte de Jesús no fuese poderosa para dar eterna vida aun á los mismos que le quitaban la temporal. Este fué otro linaje de agravio que Judas hizo á Jesús por ventura más sensible que venderle, pues le negaba la clemencia para perdonarle, siendo el remitir pecados el timbre y la más dorada ejecutoria de su bondad y de su Sér.

CAPÍTULO XXIX

ACUSAN LOS PONTÍFICES Á JESÚS ANTE PILATO, Y ÉL SE INCLINA Á DARLE LIBERTAD



CORDADO en el Concilio que Jesús muriese y que se procurase obtener del Presidente Romano que la muerte fuese de Cruz, determinaron hacer el último esfuerzo para conseguirlo, yendo en persona los vocales todos del Concilio (sin que se escusase de ello el Sumo Pontífice Caifás) al palacio de Poncio Pilato, Presidente de la Judea por Tiberio Emperador de Roma, á solicitar

que confirmase la sentencia de muerte que en su Consistorio tenian firmada contra Jesús y que le mandase crucificar sin dilacion, para poder asistir á las solemnidades de la Pascua, y así lo pusieron por obra; yendo á las siete de la mañana por las calles y plazas de Jerusalem el sumo Pontífice de la Sinagoga con todos los capitulares del Gran Concilio Sanhedrin, á quienes acompañaban los más venerables Sacerdotes, más religiosos y penitentes Fariseos y más estimados Doctores de la nacion, llevando consigo á Jesús, atadas las manos y con una gruesa soga al cuello entre Ministros de justicia como malhechor.

No podian los Judíos en el presente estado de su República ejecutar sentencia de muerte contra ningun facineroso sin licencia de los Jueces Romanos, Procónsules, Pretores, Presidentes; porque cuando Pompeyo sujetó la nacion de los Judíos al Imperio, el Senado privó á sus Jueces, Seglares y Eclesiásticos de la potestad que por sus leyes tenian de quitar la vida á los reos que lo mereciesen. Por esta causa fué inescusable á los Pontífices obtener el beneplácito del Presidente de Jerusalem para poner por obra la sentencia que habian fulminado contra Jesús. Mas para ir en persona tan numeroso y grave concurso á negociar su ejecucion, les obligaron motivos diferentes radicados en el odio mortal que le tenian y deseo de ver puesta por obra su determinacion y borrado del mundo el nombre, la fama y doctrina de Jesús.

Persuadiéronse que yendo personalmente tantos Sacerdotes y Doctores en forma de Concilio con su cabeza el Sumo Pontífice Caifás, á quien Pilato tenia en posesion de justificado y de prudente, y así le habia conservado en el Sumo Sacerdocio muchos años, informándole de que en su mayor Concilio habian condeñado á muerte á Jesús no sería menester más diligencia, sino que defiriendo á tanta autoridad confirmaria sin tardanza el Presidente su decreto y mandaria que se llevase á ejecucion. Acrecentábase á esto que yendo con ánimo de alcanzar de Pilato que la muerte de Jesús fuese de Cruz conforme el fuero de los Romanos, les pareció sería necesaria su presencia para acusar delante de él á Jesús, no solo de blasfemia á que ne se adjudicaba aquella pena, sino de crimen de atentada majestad contra los Césares, cuyo suplicio era el de Cruz, materia que juzgaron abrazaria gustoso el Presidente, por tocar en lisonja de la Majestad Suprema de Tiberio á cuyo semblante miraba desvelado.

Con tales asuntos llegaron al Palacio ó Pretorio de Pilato, y quedándose fuera de él á sus puertas los Pontífices por no contaminarse ni incurrir en la inmundicia legal que procedia de entrar en casa de Gentiles como lo era el Presidente, y poder así aquel dia como los restantes de la Pascua, comer los panes ácimos y otros manjares dispuestos ó permitidos por la Ley en semejante solemnidad, enviaron á la presencia de Poncio Pilato que estaba en lo interior de su Palacio, á Jesús, de la manera que le habian traído por las calles con algunos Ministros de Justicia que le informasen de la sentencia que el Concilio Mayor de la nacion de los Judíos habia dado contra aquel hom-

bre condenándole á muerte, y de la justificación con que en su causa se había procedido, pues la sentencia se le dió por su mis-



ma confesion, ratificada con pertinacia en dos audiencias y habiéndola firmado todos los del Consejo menos dos.

Oyó el informe Pilato; y desiriendo á la ceremonia de los Judíos de no entrar en casa de Gentiles en sus solemnidades, toleró que no hubiesen subido los Pontífices y Sacerdotes en persona á su Pretorio, á darle razon de aquella causa: antes salió á una galería que caía á la plaza donde estaban, llevando consigo á Jesús. Mas cuando los Judíos entendieron, que vista la gravedad de los acusadores, firmaría luego la sentencia, les preguntó como juez: «¿De qué delito acusais á este hombre?» Sintieron mortal dolor con esta pregunta los Pontífices; pues no haciendo caudal el Presidente de cuanto habían actuado contra Jesús en sus acuerdos de Jueces, los reducía á estado de delatores ó capitulantes: oficio bajo en las Repúblicas.

Soberbios ellos y agraviados, respondieron á Poncio: Si ese hombre no fuera malhechor y no lo tuviéramos legítima y justi-

ficadamente averiguado, nosotros siendo los Sacerdotes y Pontífices de esta Nacion, y que por nuestro oficio y puesto profesamos rectitud y santidad, no le hubiéramos entregado, para qué hicieses justicia de él.» Díjoles el Presidente: «Si tanto escusais proponer ante mí la acusacion que traéis contra este hombre y os mostrais agraviados de que antes de conocer de sus delitos y examinar la causa que teneis sustanciada contra él, no le condeno á muerte; llevadle como le trajisteis; y si podeis hacerlo, castigadle conforme vuestras leyes; no puedo mostrarme más favorable á vuestra pretension.»

Nuevamente ofendidos, replicaron á Pilato los Pontífices: «Poco presumes de la autoridad de un Concilio, tan docto y venerable, pues nos ordenas que castigemos á este hombre conforme nuestras leyes, cuando no podemos sentenciar á muerte á nadie, aunque lo dispongan ellas, sino es interviniendo el consentimiento de los Príncipes Romanos: por donde nos persuadimos, que sin duda piensas que la causa de este hombre no contiene crimen que merezca muerte; y así nos le devuelves como reo, á quien podemos nosotros castigar: y es intolerable agravio, que haces á un Consejo de tanta autoridad, dar á entender, que por culpa á que no corresponda pena de muerte, nos hemos determinado á venir en persona á requerirte, quites del mundo este hombre: forma (te suplicamos) mejor concepto de Ministros que saben sus leyes, temen á Dios y tratan de virtud.»

Ordenó Dios que los Judíos con tanto empeño afectasen quitar la vida á Jesús, no segun sus leyes, sino conforme las Romanas, para que se cumpliese lo que él mismo había dicho: que había de ser entregado á los Gentiles, para que le escarneciesen y pusiesen afrentosamente en un madero: y en otro lugar, que cuando le levantasen en alto, traería con cierto linage de violencia todas las cosas á su amor: y siempre que se ofreció hablar de su muerte á sus Apóstoles, les dió á entender que sería en una Cruz, y por mano de Gentiles. Ambos pueblos, Gentílico y Judáico, quiso Jesús tuviesen parte en su Pasion; porque cuando labrase su Iglesia de ambos, tuviese siempre á los ojos el dulcísimo blason de haber no solo remitido, sino honrado con su amistad y monarquía á los que tan crudamente le despojaron de la vida y de la honra.

Viendo los Pontífices que el Presidente no se determinaba á condenar á muerte á Jesús, ménos que habiendo entendido y averiguado los delitos de que le acusaban, por no malograr el tiempo y la ocasion, acordaron declarar ante él las causas que tenían contra Jesús, y expresaron tres. «Este hombre, dijeron, tenemos probado que como sedicioso y enemigo público de la Nacion y su paz ha inquietado nuestra gente; enseñando al pueblo doctrinas contra la Sagrada Ley que nuestros mayores nos dejaron, siendo blasfemo contra Dios; que en sus sermones ha prohibido que se paguen al César los tributos que se deben á su Corona, incurriendo en crimen de Lesa Majestad: que varias veces ha dicho que es el Mesías, Rey y Señor natural de los Judíos, que es declarada rebelion.»

En las dos sesiones del Concilio, que habian celebrado de noche, y á la mañana, no se habian producido estos delitos contra Jesús sino la blasfemia que imaginaban decia contra Dios, llamándose Hijo suyo; y á esto les sonó entonces nombrarse Jesús, Cristo y Mesías, sin hacerles eco á Reino temporal; pues ese crimen no hubiera sido blasfemia, sino levantamiento ó traicion contra los Césares. Pero juzgando que el Presidente, ante quien ahora le acusaban no haria caso de delitos, que solo tocasen en la religion de los Judíos; la cual tenian los Gentiles por supersticiosa y digna, antes de risa que de culto, introdujeron ahora crímenes contra el bien público y señorío de los Emperadores, que de necesidad darian cuidado al Presidente; y se empeñaria en castigarlos con severidad.

Ni se engañaron en esta providencia. Pero Poncio, habiendo escuchado la acusacion de los Pontífices contra Jesús, de quien habia oido muchas maravillas y acciones ejemplares, como Gobernador experimentado y prudente concibió, que el conato de los Pontífices y Fariseos en acusarle y pedir su muerte en dia tan célebre y festivo, con tan dura pertinacia, no nacía de verdadero celo de la honra de Dios, como afeotaban, sino de envidia y emulacion, atravesada en el alma por los aplausos y celebraciones de Jesús; y despreciando los demás artículos, solo se puso en cuidado de averiguar el último, que contenia haberse intitulado Rey de los Judíos; porque tocaba en materia delicada y sospechosa, donde la mas leve omision ó diligencia le pudiera ser causa de ruina; en especial atenta la condicion del Emperador Tiborio, que en materia de imperar no consentia la mas leve sospecha ó vana sombra.

Entróse el Presidente en su Pretorio; y teniendo ante sí á Jesús, le preguntó con semblante sosegado y que pudiera parecer de amigo: «Dime, ¿eres tú verdaderamente Rey de los Judíos?» Respondióle Jesús: «¿Esa pregunta que me haces, originase de tí ó de que otros te hayan informado que lo soy?» Replicóle entonces Pilato con desdén: «Soy yo, Judío, para gastar el tiempo en esas observaciones del Rey que esperan los de tu Nación? Tus Pontífices y naturales te me entregaron por facineroso y malhechor, y así lo que importa es, que llanamente confieses tus delitos, y me digas lo que has hecho en los artículos de que te acusan.»

Respondióle Jesús: «El cargo de mas cuerpo que me hacen en tus estrados los Pontífices, es haber dicho que soy Rey, y es así que lo soy, pero no como los demás Reyes de este mundo, mas alto origen tiene mi Imperio y mi Corona. Si mi Imperio fuera solamente originario de la tierra como lo es el de los Romanos y demás naciones, y lo ejerciera yo en el mundo como lo estilan ellos, no anduviera yo por la Judea tan desacompañado y solo como ves; buena manera de Rey, vivir en las tierras de su dominio con pobreza suma y andar asistido de doce pescadores humildes, rudos y sin armas, predicando en el Templo, por las ciudades y castillos, sin casa propia, durmiendo por los desiertos y los montes. Si yo fuera Rey temporal con el dominio y de

la manera que lo es Tiberio, trajera en guarda de mi persona escuadrones y ejércitos armados que me defendieran del ódio y furor de los Judíos; pero mi reino goza diferente principio y soberania que los otros; porque tiene sus raices en los Cielos cuando los demás reconocen su origen en el mundo, y por esta causa, aunque mi Corona se estiende á todo él, no ejerzo mi señorío con la Majestad y aparato temporal que los Reyes y los Césares.»

Díjole ya cuidadoso el presidente: «Luego tú realmente eres Rey?» Respondióle Jesús: «Tu dices que soy Rey; pero no admito por mí este linaje de dominio temporal; otro señorío sobrenatural ejercito en este mundo. Yo vine á él á dar testimonio de la verdad; y los que desean la verdad, oyen mi voz y siguen mi doctrina.»

Díjole entonces Pilato: «Defíneme pues, qué cosa es la verdad.» Moviése á hacerle esta pregunta, porque viendo á Jesús persona grave, sabia y modesta, deseó oírle discurrir como filósofo moral acerca de la naturaleza de la verdad: porque en aquella sazón desde Julio César y Octaviano Augusto, los Romanos principales y nobles se entregaban estudiosamente á la filosofia moral y á la política. No salió Jesús á lo que le preguntaba el Presidente; porque no era tiempo aquel de divertirse en controversias ó especulaciones semejantes, y juzgando tambien Pilato que aquella materia no era de la ocasion por la instancia con que los Judíos le pedian la muerte de Jesús; salió otra vez á donde los Pontífices estaban y les dijo: «Yo he examinado con atencion este hombre y no hallo en él causa por la cual merezca pena.» Hizo este concepto Pilato; porque si bien habia Jesús confesado que era Rey, pero añadía que no lo era como los demás, sino que su Reino tenia origen mas alto y mas divino, lo cual le sonó á Poncio á delirio y superstición judaica, y no hizo caso de ella.

CAPÍTULO XXX

REMITE PILATO A JESUS AL TRIBUNAL DE HERODES, EL CUAL LE MENOSPREGIA



INCREDIBLE fué el sentimiento que causó á los Pontífices y Fariseos la resolucion del Presidente; porque sobre el dolor antiguo que tenian atravesado en el alma de los aplausos y veneraciones de Jesús, hacian ya reputacion de que saliese afrentosamente condenado, habiendo ellos venido en persona á negociarlo y así con mas ardiente empeño reforzaron los primeros cargos que habian reducido contra él, añadiendo otros de nuevo estando á todo

Jesús con suma serenidad, paz y silencio. Díjole pues, con admiración Pilato: «¿No oyes cuántos y cuán graves testimonios dicen á voces contra tí los Pontífices y Sacerdotes? ¿No respondes nada á sus acusaciones? Repara y considera bien las materias y géneros de crímenes gravísimos que te acumulan, y si algo tienes que oponer en tu defensa decláralo con satisfacción de que te oiré, no solo conforme las leyes de justicia, sino también las de piedad.»

No respondió Jesús palabra al Presidente; de que él quedó sobremañera admirado; porque veía en él un hombre á su juicio inocente, sábio y que con la eficacia de su elocuencia pudiera con facilidad desvanecer las calumnias que armaban contra su fama y opinión los Fariseos, y que viéndose en el último riesgo de su vida despreciaba la muerte con tanto señorío, y por estas razones hizo de Jesús concepto grande; porque poner la planta sobre los horrores del morir es aliento de Divinidad. Mas los que le acusaban esforzando el clamor cuanto podían, dijeron al Presidente, que Jesús con pretesto de doctrina y de no sé que Evangelio que predicaba, había sedicionado el Reino, comenzando desde la Galilea, hasta Jerusalem, y que crimen tan público y escandaloso no debía pasarse sin castigo.

Luego que Pilato oyó que Jesús había dado principio á su predicación en Galilea, preguntó si era natural de aquella provincia. Respondiéronle que sí; porque comunmente estaba recibido que había nacido Jesús en Nazaret, ciudad de Galilea, por tener en ella su casa Joseph y María padres suyos; María en la realidad, Joseph en la opinión, siendo la verdad que había nacido en Belen, ciudad de la Tribu de Judá y casa solariega de David. Tocaba el gobierno de la Galilea á Herodes Antipas (hijo de Herodes Ascalonita, en cuyo tiempo nació Jesús) y moraba á la sazón en Jerusalem, adonde había venido con ejército á ajustar con el Presidente materias de jurisdicción; porque Pilato algunos días antes sin darle parte había preso y castigado á algunos Galileos que le inquietaban la ciudad. Informado pues, Poncio que Jesús era vasallo de Herodes, se le dilató el corazón considerando que por este camino se componía con Antipas, dándole tan pública satisfacción del esceso que había cometido, y se eximia de fenecer la causa de Jesús, de cuya inocencia aunque estaba cierto se hallaba en peligro de maltratarle por sosegar la conmoncion de los Judíos. Remitió pues, á Herodes la causa de Jesús como de vasallo suyo, para que la determinase como le pareciese.

Los Pontífices y Sacerdotes que vieron en manos de Herodes el negocio y causa de Jesús, se determinaron á ir en persona á su Palacio á intentar de nuevo la acusacion contra él, á animados de la misma confianza que los llevó á la presencia de Pilato. Alegróse grandemente el Tetrarca Herodes con la remision del Presidente, así porque le daba satisfacción pública del agravio, como por ver en su presencia á Jesús. Había mucho tiempo que Antipas deseaba conocerle por lo que había oído decir de sus milagros y sabiduría sin haber cursado escuelas, y con vana cu-

riosidad deseaba verle hacer algunas maravillas, y teniéndole ahora en su Pretorio como reo, esperaba que por complacerle haría algunas á sus ojos, viéndose en estado tan miserable y que tanto necesitaba de su favor siendo su único juez.

Comenzó á preguntarle varias cosas introduciéndole cuestiones, ya de historia, ya morales, ya de eutropelias, dándole motivo para que hiciese ostentacion de las artes que sabia; pero Jesús no salió á nada, ni le respondió á sus preguntas ni pronunció palabra en su defensa, sin embargo de que los Príncipes de los Sacerdotes, Escribas y Fariseos, viendo la suma del negocio en manos del Tetrarca, sin cansarse ni perder momento acusaban á Jesús de crímenes gravísimos, reproduciendo los que ante el Presidente habían denunciado, y añadiendo los demás con que el vulgo mal afecto le infamaba, llamándole endemoniado, mago, hechicero, gloton y entregado á las torpezas del vino, rebelde á sus Prelados, embustero, hipócrita y engañador de los pueblos, soberbio, arrogante y parcial de facinerosos y públicos pecadores, ponderando los graves escándalos de la nacion, originados de la doctrina y costumbres de Jesús.

Mas viendo Herodes desvanecidas sus esperanzas y malogrados sus deseos, porque el Señor estaba inmóvil, remitiéndolo todo á la serenidad de su semblante y silencio, le desprecó con indignacion juntamente con los grandes de su córte y capitanes de su ejército que le asistian, teniéndole por hombre falto y sin seso, pues en tal ocasion no salia á su defensa; y concibió de él que enfermaba de insensibilidad debiendo venerar la tranquila constancia de su pecho, que antes admiró Pilato, y como á hombre simple que con el delirio afectaba la Corona, y como á hombre simple que con el delirio afectaba la Corona, mandó que le vistiesen una túnica blanca rota y hecha pedazos, tratándole con este linaje de escarnio como á pretendiente del Reino, que el mismo Herodes tenía y gobernaba.

Porque entre los Romanos, cuyos estilos y curia afectaba estudiosamente Antipas como hechura de los Césares, los que pretendían alguna dignidad para ser conocidos del pueblo como pretendientes de ella vestían ropas candidas y se nombraban candidatos, y en esta forma que contenía en sí pública y grave ignominia le volvió luego al Presidente, para que él, pues había comenzado aquella causa la concluyese, y con estas reciprocas urbanidades y respetos que se guardaron Pilato y Herodes se reconciliaron, renovando la correspondencia y amistad que antes tenían, con que no fué ociosa la ida de Jesús á los Estrados del Tetrarca, pues obró la paz entre aquellos Príncipes y cumplióse entonces la profecia de David: «Que los Reyes de la tierra se habían de conjurar contra Jesús, siendo él Rey ungido del Señor.»

CAPÍTULO XXXI

PIDE EL PUEBLO LA LIBERTAD DE BARRABÁS
Y MUERTE DE JESÚS

GNRISTECIÓSE nopoco Pilato de que Herodes le devolviese el proceso de Jesús, porque con haberle remitido se juzgaba libre del peso de haberle de condenar (siendo inocente) por la instancia de los Pontífices y Fariseos; pero viéndose obligado á proseguir la causa salió desalbrido de su Pretorio al balcon de donde hablaba á los Judíos y les dijo: «Este hombre trajísteis á mi Tribunal como sedicioso, y que con su doctrina levantaba el pueblo contra el César; pero haciéndole yo algunas preguntas jurídicas á solas y en vuestra presencia, no hallo que tenga fundamento cargo alguno de los que le haceis, porque el llamarse Rey que no lo niega, dice que es de un Reino que no se origina de este mundo ni es del linaje de los demás Imperios de la Tierra; y como al César no le toquen en los Estados temporales que goza en todo el Orbe, de esa Monarquía que se atribuye Jesús no hace caudal.

»Y porque conozcais mejor la integridad con que procedo, luego que llegó á mi noticia que este hombre pertenecía á la jurisdiccion de Herodes, Tetrarca de Galilea, que es de vuestra nacion, y deseará sin duda daros gusto, le remiti á su Tribunal, y habiéndole visto Antipas y oido de vuestros labios sus delitos no se ha sustanciado artículo alguno contra él. Porque á la verdad cuanto procurais persuadirnos que afecta á la Corona de Judea, solo con verle se desvanece, pues no es creible que hombre tan desnudo y desarmado trate de coronarse por violencia contra vuestra voluntad. Pero si os ofende oírle decir que es vuestro Rey, aunque él lo entienda de no sé cual Imperio que no se origina de este mundo, yo le mandaré castigar por eso, y habiéndole corregido le daré libertad como á inocente.»

Esto determinó Pilato entonces, pareciéndole que por este medio se compondria el furor del pueblo y la autoridad de los Pontífices. Mas como tenia asentada en el corazon la Santidad y vida inculpable de Jesús, aun esta traza tuvo por injusta, pues nunca se debía castigar su inocencia por sosegar la cólera de quien sin razon ni justicia le acusaba. Pensando pues, en el negocio se le ofreció otro corte más justificado, con el cual si le salia bien daria libertad á Jesús, que era la pretension de sus desvelos, sin hacerle la injuria de sujetarle al castigo y los Pontífices no tendrian razon para quejarse de él.

Gozaban por costumbre inmemorial un especial privilegio los Judíos, porque el día de la Pascua del Cordero el Presidente de Jerusalem tenia obligacion de proponer al pueblo dos malhe-

chores de los que estaban presos y sentenciados á muerte ó notoriamente dignos de ella, para que de ellos eligiese el que gustase, y el escogido por la plebe obtuviese libertad. Estaba á la sazón en la cárcel un famoso salteador de caminos, público ladrón y sedicioso, que pocos dias antes en un alboroto popular habia cometido un homicidio, llamado Barrabás, abominado grandemente de todos, y no menos temido por su ferocidad.

Acordóse Pilato del fuero que aquel día por ser el primero de la Pascua tenian los Judíos, y parecióle que proponiendo al pueblo la opcion de elegir á Jesús ó á Barrabás para que uno de los dos quedase libre, clamarian todos por Jesús, de quien segun estaba informado habian recibido muchos bienes, sanádoles milagrosamente sus enfermos, dando vida á sus difuntos y socorriéndoles en sus hambres y necesidades, y pedirian á gritos la muerte de Barrabás, de cuyo ánimo cruel y temerario no esperaban más que robos, estupros y homicidios.

Con esta determinación casi seguro de ver libre á Jesús, porque la eleccion del delincuente no tocaba á los Pontífices y Fariseos (de quienes no dudaba que por envidia mortal se le habian entregado) sino á la muchedumbre popular que por la mayor parte le estaba agradecida; asomándose á una ventana de su Palacio que daba vista al infinito pueblo que habia concurrido á la plaza, les propuso el indulto de que gozaban aquel día, y declaró que los facinerosos entre quienes habian de escoger eran Jesús Nazareno y Barrabás el salteador, el ladrón y el homicida; que considerasen bien cuál de aquellos reos les estaria mejor á su República quedase con vida y libertad.

En esta diligencia estaba el Presidente solicitando de corazon los buenos sucesos de Jesús, cuando le llegó un recado de Claudia Prócula su mujer, en que le decia, que de ninguno suerte condenase á Jesús Nazareno ni tiñese las manos en su sangre, porque le hacia saber era justo y santo; y que así se lo habian dado á entender aquella madrugada entre sueños, pero con tanta certidumbre, que no tenia duda de ello: y que si bien al principio no les habia dado entero crédito, y por esta causa no se lo habia dicho luego; pero ya no podia resistir á la instancia, que interiormente le hacian para que se lo revelase; y así se lo avisaba entonces, como Divina inspiracion. Comunicósele Dios, por ministerio de sus Santos Angeles con visiones admirables, para que cuando los Pontífices y Sacerdotes de la Sinagoga acusaban de sacrilego y blasfemo á Jesús, entonces su inocencia fuese justificada de la Gentilidad en uno y otro sexo; confesándole Justo y Santo en su Pasion, Pilato y su mujer.

Así como el pueblo entendió la proposicion del Presidente, se conmovió con impulsos cordiales á pedir la vida y libertad de Jesús y muerte de Barrabás, por las causas que meditó Poncio Pilato. Sintieron este movimiento los Príncipes de los Sacerdotes, Magistrados, Ancianos de la República y Doctores de la Ley; y mezclándose en la muchedumbre popular, con increíble calor, ardimiento de razones y demostracion de ademanes, la persuadieron era gran servicio de Dios pedir al Presidente sol-

tase de las cadenas y calabozo á Barrabás y condenase á muerte á Jesús, y que esta fuese de Cruz. Y entonces la plebe, defriendo la autoridad de sus Prelados y Doctores, depuso ó disimuló su opinion y quedó persuadida á pedir la muerte de Jesús y libertad de Barrabás.

Instaba Pilato á los Judíos que respondiesen á cuál de aquellos delincuentes escogian. Y á esta voz del Presidente, cuantos estaban en la plaza, que era concurso innumerable, aclamaron uniformes: «A Barrabás elegimos; viva por nuestros votos Barrabás: y á Jesús Nazareno, ese que tienes á tu lado, quítale de nuestros ojos y del mundo, pues lo merecen sus delitos.» Atónito quedó Pilato oyendo estos clamores, y despues de haber estado un rato en confuso silencio, les preguntó: «¿Pues qué gustéis que haga de Jesús vuestro Mesías?» Respondieron con desentonados gritos: «Crucifícale.» Replicóles el Presidente: «¿Por qué le tengo de crucificar? ¿Qué crimen ha cometido Jesús? Yo no hallo en él causa de muerte. Mas para que os sosegueis yo le castigaré con rigor como al principio dije, y bien escarmentado, le soltaré libre porque no tengo ánimo de quitar á un inocente la vida.» Pero los Judíos, sin atender á lo que Pilato les decia, furiosamente aclamaban: «Crucifícale.» Más ardientes deben de ser los impulsos de la envidia que los de la comodidad, pues en el contraste de tanto hombre prudente y sábio pesó más verse libres de los resplandores y aclamaciones de Jesús, que privados de sus liberalidades milagrosas y espuestos al facineroso proceder de Barrabás.

CAPITULO XXXII

MANDA PILATO AZOTAR RIGUROSAMENTE Á JESÚS



ERPLEJO y casi fuera de juicio se hallaba el Presidente, peleando con aquel mónstruo contumaz en pedirle una sinrazon tan bárbara y horrenda como quitar la vida, con un linage de muerte tan afrentosa como el de la Cruz, á un inocente, contra quien conspiraban la envidia de los Sacerdotes y Pontífices y la furia popular. Debiéra en esta ocasion valerse Poncio del poder Romano, tan tímido de los Judíos, suspendiendo la causa, pues eran ya las nueve, con pretexto de que acudiesen á la celebridad de la Pascua, y si con pertinacia instasen en la acusacion, enviar gente armada que los compusiera, aunque fuese con alguna sangre, como con menores motivos lo habia puesto por obra él mismo en otras ocasiones.

Mas la Divina Providencia, que tenia dispuesto que Jesús con afrentas y dolores y con muerte en Cruz redimiese el linage humano, borró de la imaginacion de Poncio lo que de justicia debía

hacer, y lo que llanamente le pedia el natural brioso y arriscado y no bien afecto á los Judíos, y permitió que se inclinase á otros dictámenes de librar á Jesús; que aunque en el fin eran honestos, en sí eran injustos y crueles. Deseando, pues, que no muriese Jesús descubrió su piedad un medio impío, por ventura más riguroso que el morir, y fué mandarle azotar como á esclavo vil, tan crudamente, que cuantos le tenían envidia, en viéndole, se les aquietase el corazon y no persistiesen en pedir que le crucificasen, este era su fin.

Con este ánimo entregó el Presidente á Jesús á la cohorte de su guardia, que constaba de mil soldados; dándoles á entender su pretension para que se lograra. Los soldados del Pretorio piadosamente crueles, ejecutaron la orden de Pilato con increíble rigor, paraciéndoles que mientras más impiamente le azotaban hacian mejor la causa de Jesús y agradaban más al Presidente. Acrecentóse á esto que los Pontífices y Fariseos, habiendo reconocido en Pilato voluntad empeñada de librarle del tormento y muerte de Cruz, desearon que en el suplicio de los azotes rindiese ignominiosamente la vida, porque no pudiese darle libertad el Presidente, y así sobornaron con mano abierta á los Ministros y verdugos, para que lo hiciesen de manera que espirase con la afrenta y el dolor.

Llevaron pues, los soldados á Jesús al Atrio del Protorio: y mandándole que se desnudase de todos sus vestidos, quedó sin velo alguno á la vergüenza; siendo este para su virginal decoro, el más sensible tormento que ofreció á su Padre por el bien del mundo en su Pasion; porque de su desnudez total eran testigos innumerables ojos de la gente que habia concurrido al espectáculo; y siendo el virgen y purísimo recato de su Cuerpo, el vivir más delicado y precioso de su Espíritu, verle bajado en las aras de publicidad tan populosa, libre y sin modestia, fué el sacrificio más sangriento y de más valor, que por el rescate de los hombres ofreció al Padre Eterno.

Estaba en el patio una columna fuerte que se levantaba de la tierra tres cuartas, en cuyo capitel habia un anillo de hierro donde se ataban los cordeles del que castigaban á ella; quedando el cuerpo del miserable, espuesto sin reparo, por la espalda y por el pecho, á las varas. En ella ataron fuertemente á Jesús, y descargaron sobre su Persona Sacrosanta copia sin número de cruelísimos azotes, hasta llegar á términos que le faltase la vida, que á tanta costa de sus tormentos y sangre defendia el Presidente.

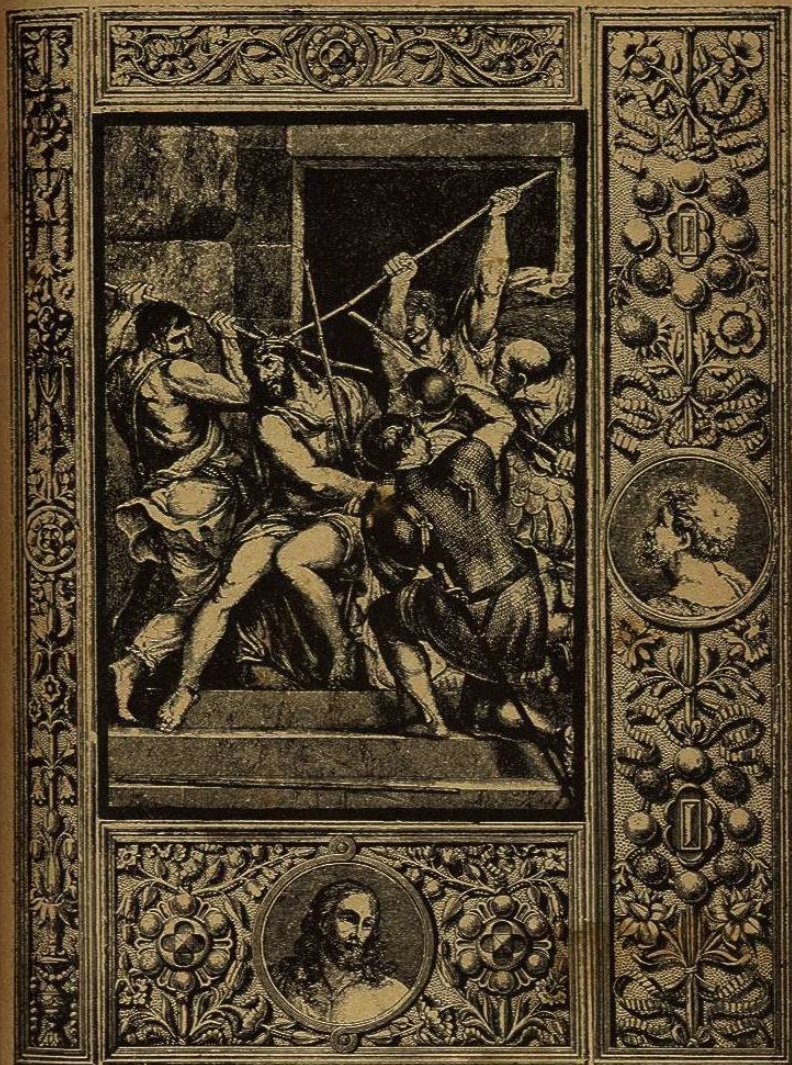
Hallóse á tan sangriento y cruel espectáculo María, Madre de Jesús, la cual desde cuando le trajeron preso de Getsemaní sin faltar al decoro de su persona, asistida de matronas devotas le habia seguido los pasos, y acompañádole con sus lamentos; y no fué el menor de los dolores que padeció Jesús ver á su Madre traspasada de aquel durísimo puñal, asistiendo á su desnudez y á sus azotes; pero habia elegido padecer las amargas todas por

los hombres, y las más desabridas ocasiones de dolor eran sañetes de inefable dulzura á su paciencia.

Cuando cesaron de azotarle los verdugos, Jesús ya casi sin aliento por el vehemente dolor de tanto golpe y por los arroyos de sangre que habian corrido de su cuerpo mientras los soldados con irrisiones y menosprecios descansaban, buscó sus vestiduras, y con trabajo no pequeño se las puso; y anhelando mortalmente se sentó en una piedra que al acaso halló en el átrio. Pero los soldados viéndole sentado con aquella grave y serena Majestad cuando su vista debiera componerlos, se picaron de un deseo impío de tratarle como Rey de farsa; juntando la acusacion que acerca de este artículo le habian hecho los Judíos con la gravedad y mesura que aun despues de herido como vil esclavo sustentaba.

Con este sacrilego impulso se levantaron orgullosos los soldados, y acometiendo á Jesús despues de haberle dado muchas y crueles bofetadas y voces como á soberbio y presumido pertinaz, le desnudaron segunda vez de sus ropas; sintiendo el dolor inmenso al quitárselas por estar ya pegadas al cuerpo con la sangre cuajada; y le pusieron una vestidura imperial y militar de púrpura vieja y hecha andrajos sobre sus carnes vírgenes, y sentándole en la misma piedra como en Trono Real de Rey de burlas le fijaron fuertemente en la cabeza una corona tejida de espinas y de juncos, y en la mano le pusieron por cetro una vil caña, é hincándose en su presencia de rodillas, le saludaban diciendo: «Dios te salve, Rey de los Judíos.» Y al mismo tiempo le arrojaban asquerosas salivas en su venerable rostro, hiriéndole con la caña, cetro fingido, en la cabeza, y dándole sin cesar impías bofetadas. El dolor de esta sacrilega coronacion no tiene igual, sino la impiedad de ella misma; porque las puntas de los juncos le penetraron la cabeza, sienes y cerebro, tan violentas que le rompieron por muchas partes los nervios y calaverá, entrando hasta los sesos, y el vilipendio con que se le hacian tan rigurosos tratamientos se aventajaba aun al dolor; porque todos, Gentiles y Judíos, miraban á Jesús como deshecho inútil de la naturaleza, y que por la línea del vilipendio tocaba en el punto último de ella, haciendo sombra á ser no hombre sino el más vil gusano.

TICIANO



CORONACION DE ESPINAS